

ALIADOS A LA FUERZA

Carlos NOVI

En el Museo Marítimo Nacional de Greenwich se conserva una copiosa colección de papeles que pertenecieron al almirante John Child Purvis (1746-1825). La distinguida carrera naval de este oficial de la Armada británica, que abarca de 1778 a 1810, coincide con una época de grandes convulsiones en la historia europea que se reflejan en su abundante correspondencia. La mayor parte de la *Colección Purvis* conservada en Greenwich está formada por las cartas que el marino inglés recibió en el curso de 32 años de considerable actividad en la Armada. Junto a ellas hay también un legajo de papeles sueltos, acaso de menor importancia, pero que revisten un interés particular para el estudioso español que quiera arrojar algo de luz sobre un aspecto poco investigado de las relaciones anglo-españolas durante nuestra Guerra de la Independencia (1).

Con alguna que otra excepción, estos papeles son cartas y oficios procedentes de la Junta o del Gobernador de turno en Cádiz. Como es natural, están redactadas en castellano, si bien cada uno de los mensajes de la colección va acompañado de una cuidada traducción al inglés, preparada para uso del vicealmirante británico y sus superiores que no conocían nuestro idioma. Al dorso de cada pliego, Purvis o su escribiente han añadido en inglés unas breves notas que sirven de hilo conductor para dar continuidad a una serie de comunicaciones que de otro modo serían puramente unilaterales. Estas sencillas inscripciones dan también una indicación de la importancia que el destinatario atribuye a la misiva recibida.

Los autores de los oficios enviados a Purvis son los jefes militares y navales españoles que de la noche a la mañana se encontraron en la inesperada situación de tener que tratar como gente amiga y aliada a los jefes y oficiales de la nación que hasta entonces había sido para ellos la Pérfida Albión y con cuya Armada se habían batido unos años antes en Trafalgar.

Tan súbita fue la inversión de las alianzas provocada por Napoleón cuando decide invadir España a comienzos de 1808 que no llegó a firmarse hasta enero de 1809 el Tratado de Paz, Amistad y Alianza concertado meses antes entre la Gran Bretaña y España, con el cual los ingleses pasaban a ser aliados nuestros (2). Al producirse el cambio, la flota británica del Mediterrá-

(1) Legajo depositado en los Archivos del Museo Marítimo Nacional de Greenwich con la asignatura PRV/44, Ms. 55/029. Deseo dejar constancia de mi agradecimiento al Dr. Roger Morriss, encargado del Departamento de Manuscritos, por la amabilidad de facilitarme la compulsión de estos originales inéditos.

(2) El Tratado de Londres fue firmado en nombre de la Gran Bretaña por George Canning, entonces ministro de relaciones exteriores (1807-1809) en la Secretaría Exterior de William Cavendish, 3.^{er} Duque de Portland, y, por parte española, el Jefe de la Escuadra del Mar Océano en Cádiz, general D. Juan Ruiz de Apodaca, enviado de la Junta Suprema, en nombre de Fernando VII, el 14 de enero de 1809.

neo mandada por Lord Collingwood (3) mantenía el bloqueo total de las aguas gaditanas con una escuadra que se encontraba al mando del entonces vicealmirante Purvis. Repentinamente se mudan las instrucciones de Purvis; la operación de bloqueo se convierte en defensa del puerto y de la bahía, aunque, como veremos, la presencia en el puerto gaditano de cinco navíos que arbolaban todavía el estandarte francés hizo que la comisión de Purvis frente a Cádiz no dejara nunca de obedecer al doble propósito de defender la Plaza española, cerrando también el paso a los franceses y fiscalizando la navegación en la boca de la bahía.

Este simple y un tanto insólito aspecto militar ayuda a comprender la calidad de las relaciones locales entre españoles y británicos y la extraña sucesión de reiteradas ofertas de amistad y cooperación, entreverada de cortesías repulsas, que caracteriza la redacción de los oficios procedentes de los mandos españoles y delata la incómoda tesitura que les imponía su nueva relación con el vicealmirante inglés.

Andando el tiempo, las relaciones entre la Junta y los ingleses adquieren una clara significación diplomática al reducirse Cádiz a única parcela del territorio patrio que no cae en manos francesas, convirtiéndose *de facto* en la capital de la España no bonapartista y cabeza administrativa de un Imperio ultramarino.

Desde las primeras semanas de 1808 y en particular desde el levantamiento popular de mayo en Madrid, un auténtico terremoto ha estado sacudiendo los cimientos políticos y sociales de la nación española. En Cádiz, el 9 de diciembre de aquel año dramático, el Gobernador don Josep Virnes escribe a Purvis una de las primeras cartas del legajo que estamos describiendo. Su objeto es darle inteligencia de un Plan que se ha elaborado para la defensa de Andalucía contra las fuerzas napoleónicas y *prepararse a todo evento que pueda resultar, según la falta de noticia de la Corte y de los valientes Ejércitos aliados que deberán estar sin duda batallando con los enemigos encarnizadamente por todos los puntos (...)*.

Unos meses antes, no nos quepa duda, por *enemigos* ese mismo Gobernador hubiera entendido *los ingleses*. Mas conforme pasan los días de 1808 ya nadie es capaz en España de afirmar con absoluta certeza y sin faltar a los deberes de lealtad quién es el enemigo o dónde está. Conceptos básicos y fundamentales como los tradicionales de Rey y Gobierno pierden su significado convencional. El pueblo español organizado en consejos locales, las juntas, es ahora el Gobierno de la nación. En cuanto al rey —no olvidemos que en el mejor de los casos la noticia corre a la velocidad del caballo— ¿quién es?

Tras haberse visto forzado a abdicar en la persona de su hijo Fernando, Carlos IV cede a las presiones de Napoleón, se retracta y deja la corona espa-

(3) Cuthbert, Lord Collingwood (1750-1810). Fue segundo comandante en Trafalgar en 1805 y asumió el mando de la Flota británica del Mediterráneo hasta su fallecimiento ocurrido en aguas de Menorca en 1810. En ese momento, Purvis le sucede en el mando supremo de la Flota con rango de almirante.

ñola en manos del Emperador, quien se la entrega a su hermano José Bonaparte. Este entra y sale de Madrid a tenor de la incierta fortuna de los ejércitos franceses. Las juntas provinciales formadas espontáneamente para la defensa nacional acuden a Inglaterra, el enemigo de ayer, en busca de la ayuda que necesitan.

En la Plaza de Cádiz la situación no es menos extraordinaria. A finales de mayo de 1808 ha llegado la noticia de que el día 26 una Junta Suprema se ha constituido en Sevilla para el Gobierno de España y de las Indias. Antes de terminar el mes, una junta local elige a D. Tomás de Morla capitán general y gobernador de la Plaza. Él es quien firma los primeros mensajes que recibe Purvis. Ya no se acatan las órdenes emanadas de la Corte de Madrid, pero no se ha roto con la capital. El 20 de octubre de 1808 Morla ha salido de Cádiz camino de Madrid. Hace un alto en Utrera, a unas 6 leguas de Sevilla, y desde allí envía un mensaje urgente, escrito de su puño y letra, al vicealmirante Purvis. Se aprecia ya, en el clima de incertidumbre del momento, que se ha aceptado la ayuda inglesa como recurso. Transcribo:

Por un Extraordinario que he recibido en ésta yendo a Madrid, he sabido que en el Puerto de Cádiz puede haber alguna conmoción causada por nuestros Enemigos: doy instrucciones a mi segundo Gobernador interino para que la sofoque; pero siempre convendría que V. E. cruzase, y al menos mandase dos navíos que lo hiciesen delante del Puerto, hasta que su Gobernador avisase; y que en caso de acceder a mi súplica la efectuase quanto antes (...).

Lord Collingwood. Retrato de Henry Howard (1769-1847), óleo sobre lienzo. «Colección Greenwich Hospital». Cortesía The Trustees of the National Maritime Museum, Greenwich.



Aunque conmociones las hubo y fuertes, en la misma ciudad de Cádiz, estos enemigos que preocupan a D. Tomás son sin duda los miles de franceses fondeados en el puerto. Cinco navíos franceses que se salvaron del descalabro franco-español sufrido en Trafalgar han estado allí desde octubre de 1805, al mando del almirante Rosily. De acuerdo con sus aliados franceses, el Gobierno español había dado órdenes de carenar y rearmar los buques de Rosily en La Carraca, pese a la crónica penuria en pertrechos y otros géneros que sufría el Departamento. En cada caso se había alcanzado el completo de las dotaciones con los hombres que se salvaron de los barcos hundidos a la entrada del puerto. Los navíos de Rosily estaban alistados para dar vela y sin duda alguna lo hubieran hecho si la escuadra inglesa se hubiera distraído un instante de su vigilancia y bloqueo de la bahía.

Rosily, que estaba encerrado en ella con su gente al romperse la alianza franco-española, intentó primero negociar la salida de los buques de su mando; luego propuso desarmarlos. Propuestas ambas que la Junta desechó, y que los ingleses no hubieran aceptado. Se exigió al almirante francés la rendición incondicional, a lo cual se negó sin dar al menos un reto en combate para salvar su honor y prestigio.

La fuerza naval española y las baterías de tierra abrieron sus fuegos el 9 de junio. Con interrupciones para dar al francés la oportunidad de rendirse, continuó el combate hasta el 14 de junio en que, abrumado por las circunstancias y para salvar vidas, capitula. Cuenta Fernández Duro (4) que el almirante entregó su espada al general Ruiz de Apodaca quien, con tradicional cortesía castrense, se la devolvió. El aliado, que acaso hubiera cambiado el sino del combate en Trafalgar de haber llegado unos días antes para sustituir a Villeeneuve, es ahora prisionero de guerra con casi cuatro mil hombres, que crean otro dolor de cabeza logístico a los españoles (5).

No tardaron en llegar más gentes a la abarrotada Plaza. En julio los *insurgentes* acorralan a la división de Dupont en los pasos de Sierra Morena. El general capitula en Bailén y los prisioneros son enviados a Cádiz. La aglomeración de gente foránea en la Plaza adquiere proporciones críticas, tanto por su intrínseca peligrosidad como por la falta de víveres. Con ánimo humanitario, ya que el personal no combatiente que acompaña a los ejércitos incluye hasta mujeres y niños, y también para aliviar en lo posible la situación, el Capitán General y Gobernador de la Plaza, D. Thomas de Morla, concierta con Purvis el traslado a Francia de 213 individuos y le remite el 28 de septiem-

(4) Cesáreo Fernández Duro (1830-1908) *Armada Española*, Vol. IX, p. 11, reimpresión de la edición original, Museo Naval, Madrid, 1973.

(5) Para un relato circunstanciado del combate entre las fuerzas navales españolas al mando del Comandante general del Departamento, D. Juan Joaquín Moreno, secundado por Ruiz de Apodaca, y la Escuadra de Rosily, véase *Apresamiento de la Escuadra francesa del almirante Rosily en la Bahía de Cádiz, el 14 de junio de 1808*, por Enrique Barbudo Duarte, Almirante, Colección Fragata, Cádiz, 1987. El almirante Barbudo incluye en esta edición 27 Apéndices, reproducción de documentos originales desaparecidos en parte durante el incendio que destruyó el Archivo del Departamento Marítimo de Cádiz en 1976.

bre de 1808 un *Estado General que comprende los Comisarios Ordenadores de Guerra, Empleados Civiles, Médicos Cirujanos, Dependientes de Hospitales, Escribientes y Criados, pertenecientes al Ejército del Gral Francés Dupont rendido a las armas de Nro Rey Dⁿ. Fernando Séptimo, en Andújar y que se consideran como no combatientes e inútiles en el Servicio para que puedan restituirse a Francia en el Buque Sardo la Isabela su Capitán Joane Baptista Solaro con destino a Marsella (...).*

Aun así permanecerá en el Puerto el grueso de las huestes francesas rendidas a los españoles. Estas gentes seguirán siendo una fuente incesante de inquietud, tanto para la Junta de Cádiz como para la escuadra inglesa temerosa siempre de que llegue a producirse un enlace con las fuerzas imperiales. La asiduidad con que Lord Collingwood, por conducto de Purvis, intenta averiguar lo que sucede en Cádiz y la circunspecta parsimonia con que la Junta responde a tanta curiosidad se repiten en la correspondencia.

Es reveladora sobre este punto la firmeza, aunque adornada de protocolarias cortesías, del Gobernador General interino Josep Virnes cuando le puntualiza al vicealmirante Purvis que es de jurisdicción puramente española el velar por las medidas que puedan convenir en orden a la seguridad del Arsenal y de los buques fondeados en el Puerto.

Penetrado de la razón y oportunidad con que V. E. me pide la comunicación confidencial de los planes respectivos a salvar los buques de S. M. C. en el no esperado caso de que los Enemigos llegasen a entrar en La Carraca; debo manifestar a V. E. con la misma confianza y buena voluntad, que me consta en efecto que el Exmo S^{or} Comandante General del Departamento de Marina de la Isla de León mira este asunto como de su peculiar responsabilidad y prepara los medios de asegurar su objeto. Por mi parte no tengo incumbencia en ello sino en cuanto a evitar y contribuir a que en el caso de un desastre que acercase a los enemigos a las avenidas de mi responsabilidad que es desde el Puente Suazo, no pudiesen serme de daño los buques y sí de auxilio. Y como comprendo muchas razones más que las militares de mi incumbencia para tener acordado y comunicado con V. E. el plan conveniente sobre este asunto me apresuraría a tratar e ilustrarme con V. E. sobre ello y dar las providencias preventivas más adecuadas; pero no siendo de mi Ministerio y deseoso de aprovechar tiempo interin que el Gobierno Supremo comunique sus instrucciones desde Sevilla, creería yo oportuno que V. E. quisiese dirigirse al Exmo S^{or} Capitán Gral de la Provincia, Príncipe de Monforte, residente en el Puerto de S^{ta} María con quien sin duda quedaría V. E. de acuerdo en todo (...).

El Mayor General Sir William Francis Patrick Napier (1785-1860) (6) que fue uno de los más distinguidos testigos, además de historiador, de la llamada Guerra Peninsular por los ingleses, criticaría más tarde en sus escritos, con

(6) Sir William Napier, *History of the War in the Peninsula*, edición abreviada y anotada por Brian Connel, The Folio Society, Londres, 1973, p. 18. Las citas han sido traducidas al español para el presente artículo.

característica ironía, la *excesiva* generosidad con que los británicos respondían sin contrapartida obvia a las frecuentes demandas de los *patriotas*, palabra que él suele usar cuando alude a los españoles. *Los bienes de Inglaterra — escribe— fueron ofrecidos con tanta prodigalidad por nuestros ministros que se llegó a engendrar entre los patriotas una increíble y extravagante arrogancia. Hay formas de hacer favores que acaban por dar la sensación de que el benefactor es quien está aceptando el favor. Descubierta este secreto por el Gabinete inglés, los españoles no tardaron en pedir de oficio lo que habrían esperado recibir como gracia.*

Es verdad que algunas de las peticiones enviadas a Purvis por la Junta tienen un tono perentorio que parece avalar la crítica de Napier. Mas no debe olvidarse que para los mandos encarados con la diaria necesidad de atender con prontitud las necesidades del servicio en una situación de guerra, la formulación escueta y directa es norma castrense, sobre todo en materia de intendencia, provisión de pólvora y munición o pertrechos, de todo lo cual había gran escasez en la Plaza asediada.

Por otra parte, los británicos tenían sumo interés en satisfacer las peticiones españolas. Con el tiempo, el enemigo acabó llegando a las mismas puertas de Cádiz, con el consiguiente peligro de que faltaran recursos para la resistencia gaditana. Hasta su fallecimiento en 1810, Lord Collingwood estimó indispensable estar alerta e impuesto de toda ocurrencia que afectara a los franceses fondeados en el Puerto, así como la fuerza y disposición de las tropas francesas que ya estaban en la ribera gaditana. También quiere conocer el estado de preparación de la Armada española. En una nota reservada que le envía a Purvis, Collingwood le imparte instrucciones para que obtenga inteligencia sobre cuatro puntos concretos relativos a los navíos españoles: *Cómo andan en cuanto a provisión de vergas, palos y jarcias; qué cables tienen a bordo, pero esto conviene averiguarlo con disimulo, como si solamente fuera cosa de ver el interior de sus buques; si tienen agua o abastos a bordo; si tienen munición y pólvora (7).*

Esta nota no está fechada, pero va seguida en la colección de los papeles de Purvis de una curiosa comunicación que el Comandante General de Marina, Pedro de Cárdenas, envía desde la Isla de León al Cónsul de su Majestad Británica, Diego Duff, el 13 de enero de 1809. Cárdenas se refiere a un suceso acaecido en La Carraca, del que le ha dado parte el Comandante del Arsenal. Por lo visto, unos oficiales ingleses, embarcados en dos botes, habían pasado al bordo de varios buques desarmados sin atender a las intimidaciones de la balandra de guardia, cuyas órdenes eran detener toda embarcación que no llevara permiso. En tono mesurado, pero sin ambages, Cárdenas previene a su correspondiente que *como quiera que (el permiso) jamás le sería denegado a los individuos de una nación tan apreciable por todo respeto, por lo mismo sería conveniente que V. S. se sirviese instruirlos de lo que importa al buen orden de un Arsenal, la observancia de las órdenes que rigen en él, a fin de que*

(7) Traducido del original inglés.

cuando tengan que pasar al de La Carraca se sirvan anunciarlo por medio de las Guardias a fin de que se les auxilie y obsequie según corresponda.

Este incidente, comunicado a Purvis por el Cónsul Duff, había sido precedido unos días antes, el 6 de enero de 1809, por el envío al vicealmirante inglés de un escrito en el que el general Félix Jones, entonces Gobernador de la Plaza, le hacía presente como *en las actuales circunstancias más que en otras ocasiones se hace precisa la vigilancia de las Puertas de noche para no abrirlas a otros sujetos que aquellos que sean indispensables por su ocupación, destino u otras causas.* Del tenor de la carta se colige que no se están cumpliendo con la puntualidad deseada las instrucciones convenidas entre el Gobernador y Purvis en lo que atañe a la hora a la que los oficiales de los buques de Su Majestad Británica tienen permiso para salir de ellos. El general Jones señala que *la buena correspondencia de nuestros Gobiernos, la estrecha amistad con que están ligadas ambas Naciones, y el interés que debemos tener mutuamente para impedir la entrada y salida por las Puertas de personas que puedan ser sospechosas* exige que los mencionados oficiales se vayan para su bordo *a la hora del cañonazo* y que prevendrá lo conveniente para que se les abra la Puerta del Mar, sin perjuicio de abrirla también *cuando algún oficial Capitán con su uniforme se presente a las nueve y media como V. E. se sirve decirme en su oficio de ayer.*

Los roces, cuando no agarradas, entre los ingleses y los lugareños tuvieron que ser muchos a lo largo de aquellos cuatro años de tensión. Se producen en particular varios incidentes, que entrañan la desaparición de barcas de pesca y pequeñas embarcaciones gaditanas, las cuales tienden a reaparecer en manos inglesas. Varias cartas recibidas por Purvis en abril de 1810, cuando los franceses están atenazando la ciudad, se refieren a la necesidad de controlar la situación. La correspondencia no menciona razones que lleguen a justificar la aprehensión por las cañoneras inglesas de botes pertenecientes a los pescadores de la ribera gaditana; pero sí contiene detalles que nos permiten hacer nuestras propias deducciones. Hay, por ejemplo, un par de cartas en las que el Gobernador se refiere a los desertores británicos. En una de ellas se informa a Purvis que los Gobernadores y Justicias del Puerto de Santa María, Sanlúcar, Rota, Xerès, Puerto Real e Isla de León han recibido instrucciones de *arrestar quantos Marineros Ingleses se encuentren en dichos Pueblos, esparciendo en ellos la noticia de que por cada uno que presenten en la Escuadra del mando de V. E. se abonarán al aprehensor doce pesos con cuyo aliciente —termina el Gobernador— me persuado se completarán las sabias ideas de V. E.*

Está claro que no era solamente la oficialidad inglesa la que tenía ganas de saltar a tierra. Además están ahí los prisioneros franceses cuyo número rozaba los cinco mil. Cuantos menos fueran los botes que pudieran caer en manos ajenas, pensarían los ingleses, mejor. Otra eventualidad que aconsejaría vigilar toda clase de embarcaciones sutiles era la sospecha de que la situación estratégica en tierra iba a peor.

En enero de 1810 Purvis había solicitado al General Francisco Venegas que le informara sobre la veracidad de varias noticias indicativas de que los

franceses habían logrado atravesar la Sierra Morena. Ya fuese por falta real de informe o por reticencia, el general español contesta a Purvis en los términos siguientes: (...) *debo asegurar a V. E. que nada sé oficialmente de que las tropas francesas estén en Bayona para invadir nuestro territorio español, ni que las de la Mancha estén próximas para intentarlo en Andalucía forzando el paso de Sierra Morena. Por el contrario mis cartas confidenciales de Sevilla aseguran que después de la paz de Austria (8) sólo han venido a España diez mil hombres y que los Franceses se manifiestan disgustados tanto en Castilla como en la Mancha por la poca esperanza que conciben de que se aumenten los Ejércitos. La alarma que se supone en los habitantes de Sevilla no creo sea ninguna consecuencia, y si acaso existe algún sentimiento en aquel vulgo podrá tener su origen en la traslación de la Junta Suprema a la Isla de León guiada en sabios motivos que han manifestado impresos al público y que seguramente reanimarán su confianza (...)*

Con todo, la inquietud inglesa no tardó en verse justificada. En abril de 1810 el ejército de Soult ha vencido la resistencia aliada, domina toda la Provincia de Andalucía y está infiltrándose por los alrededores de la Bahía. Los franceses están en Rota, Puerto de Santa María y Puerto Real, pero han sido detenidos y contenidos en las afueras de Cádiz y frente a la Isla de León. Cádiz se hace fuerte detrás de las Puertas de Tierra. Afuera, la configuración geográfica contribuye a la defensa. Por la parte de mar, el istmo protege la bahía interior; tierra adentro, son los caños, las salinas y el dédalo de acequias que cruzan las marismas al sur de Puerto Real hasta Chiclana y Sancti Petri los verdaderos defensores contra los franceses, desconocedores del terreno.

El asedio duraría hasta 1812, año en que la fortuna de Napoleón en Europa y la de su hermano José Bonaparte en España comienzan a periclitarse.

Reconozco que la extracción selectiva de datos que he realizado, partiendo de una reducida fuente documental como son estos inéditos papeles de Purvis, puede conducir a conclusiones arbitrarias. El peligro quizá sea más grave cuando lo que uno pretende ponderar es algo tan mudable como el comportamiento humano. Aún así no me parece exagerado afirmar que los mensajes recibidos por Purvis de sus aliados en la Junta de Cádiz contribuyeron poco a alegrarle el corazón.

Está claro que los mandos británicos y españoles, sujetos unos y otros a su respectiva ética castrense, cuidaron siempre de cooperar en lo que considerasen como esfuerzo común contra las fuerzas napoleónicas. Es obvio también que en la ejecución de lo que conviniera a ese esfuerzo común cada cual actuó considerando ante todo el respectivo interés nacional. El empeño inmediato de los aliados era sacar a los franceses de la Península; pero eso no podía salvar el profundo bache que separaba las lealtades de británicos y españoles. Esta aseveración viene confirmada por otros testigos de aquella guerra dura y cruenta.

(8) El Tratado de Paz de Viena había sido firmado el 14 de octubre de 1809. El poderío del Imperio Napoleónico alcanza entonces su apogeo.

Cada vez que en su narración histórica el ya mencionado y vivaz William Napier abandona la estrategia del campo de batalla o la realista descripción del combate para entrar en el espinoso tema de las relaciones entre los que fueron aliados en la Guerra Peninsular, le encontramos indignado o sumido en extrema perplejidad ante las actitudes aparentemente confusas y contradictorias de los españoles a quienes, por otra parte, trata siempre con benevolencia o abierta admiración. Se queja de que *en Cartagena había una escuadra española con marinería suficiente para formar sus dotaciones y en Cádiz otra escuadra con abundancia de gente de mar. Lord Collingwood —dice— y otros acosaban sin tregua a la Junta para que alistara esos buques y los usara, o al menos los pusiera fuera del alcance del enemigo (...) mas el Gobierno (español) no se decidía a armar la flota por si sólo ni consentía que, por cuenta de él, lo hicieran los ingleses* (9).

El general Napier y los que como él se impacientaban ante la indecisión de los españoles, no acabaron nunca de entender que para éstos los aliados de hoy seguían siendo los inveterados adversarios de ayer. Aquel matrimonio de conveniencia antinapoleónica no borró ni podía borrar varias centurias de rivalidades y recelos. ¿No había sido el aliado del Archiduque Carlos de Austria, pretendiente al trono de España, quien plantó la bandera inglesa en el Peñón hacía apenas 104 años, tras un intento fallido de hacer lo mismo en Cádiz un par de años antes?

Quando el Consejo de Regencia establecido en 1810 decide convocar las Cortes en Cádiz, no lo hace solamente porque la Isla de León ofrece más seguridad contra los franceses, sino porque había indicios de que los aliados ingleses, aunque estaban dando socorros merecedores de la gratitud española, lo hacían entreteniéndola con la esperanza de quedarse en pago con la codiciada ciudad. En el Diario de Operaciones que se mantenía entonces en Cádiz por el Despacho de Marina hay una entrada correspondiente al 18 de mayo de 1810 relativa a una Memoria en la que el Embajador inglés había dado cuenta a su Gobierno de los asuntos de España. De ella se concluía que los dos principales deseos de Londres eran que se confiara a Wellington el mando universal de los ejércitos de España y que la guarnición de Cádiz fuera confiada a las tropas de su nación.

Trágicamente conscientes de la extrema debilidad material que sufría la Flota y que convenía disimular a todo trance, los mandos de la Armada española, como en otras ocasiones de nuestra historia, tuvieron que buscar la manera, sin defraudar la euforia nacionalista del momento, de cumplir órdenes impartidas muchas veces sin la provisión de los indispensables medios de ejecución y, del modo que fuera, defender cualquier palmo del suelo patrio que vieran en peligro.

(9) Napier, *opus cit.*, p. 101.

Excmo. Sr. Vce-Almirante Purvis.

Habiendome dejado hecha el 1.^o Almirante Lord Collingwood la prevencion de q^e me entendiese directamente con V.E. para lo q^e pudiese ofrecerse en el caso de que el no se hallase en esa Plaza, tengo el honor de pasar á manos de V.E. la adjunta noticia de los empleados en el ramo de Hacienda, y demas Individuos de otra clase q^e espresa pertenecientes al Excmo. Rendido del Gen.^l Frances Dupont, esperando se servirán V.E. remitirme por la misma via q^e reciba esta el correspondiente Pasaporte, para que conforme á las Leyes de la guerra, y Capitulacion, puedan transportarse en el Bergantin Sardo nombrado la Travele, su Capitan Juan Bautista Solano, con destino al Puerto de Marsella.

Con este motivo tengo el honor de ofrecer á V.E. los sentimientos de mi alta consideracion y aprecio, con los q^e queda de V.E. su mas atento y mayor servidor J. S. M. B.

26 de Sep. de 1808.

Thomas Morla

En ausencia del almirante Collingwood, el capitán general y gobernador de Cádiz, D. Tomás de Morla, pide directamente a Purvis pasaporte para que pasen a Marsella individuos del ejército rendido de Dupont, viajando en el bergantín sardo *La Isabela* (26 de septiembre de 1808).

Ex^{ta} Señor

Ex^{ta} Señor mio: Estoy intimamente persuadido de que quanto ha merecido a V.E. a solicitar el desmantelamiento del Castillo de Santa Catalina del Puerto de Santa Maria, y demás baterias hasta a esta no ha sido ni es mas que un efecto de un mismo motivo que tiene a la mejor defensa de esta Plaza y su Bahia en caso de ella, cuyo dictamen fue, y es el mismo que manifesto a la Superioridad esta Suma de defensa, y ultimamente lo ha repetido incluyendo copia del ultimo papel de V.E.

Se me ha informado que de unos cinco mil prisioneros que existen en los Pontones ochocientos son de la clase de Marina, y los restantes de tropa.

Congo el honor de restararme de V.E. su mas atento y seguro servidor, L. S. M. G.


Félix Jones

Caixa 29 de Agosto de 1809.

Ex^{ta} Señor Almirante Purvis.

El general Félix Jones informa al almirante Purvis que de los cinco mil prisioneros franceses detenidos en los pontones, ochocientos son de Marina y los restantes de tropa (29 de agosto de 1809).

Señor-General

Excmo. Sr.

Necesitando en las atenciones de esta Pla-
za del Arribo de pólvora, esta Junta de
Gobierno suplica a V.E. tenga la bondad de
Mandar se desembarquen los unos mil bar-
riles venidos últimamente a la Plaza de
Gibraltar: Soy de V.E.ª con la mayor
alta consideración

Excmo. Sr.

Andrés López

Cádiz Abril 16/81.

Excmo. Sr. D. J. Purvis

En nombre de la Junta de Gobierno de Cádiz, Andrés López pide al almirante Purvis que mande desembarcar para atenciones de la Plaza mil barriles de pólvora llegados a Gibraltar (16 de abril de 1810).

Exmo Sr.

Las interesantes fortificaciones q. se
 estan construyendo para la defensa de esta
 Plaza de Cádiz, piden se muestren
 en ellas porción de Piperías: este
 es uno de los artículos de que muy
 carecemos: La Junta tiene noticia
 de que abordo del vaporase Ne-
 roc hay cantidad de Piperías
 batida con sus arcos y espero
 V. E. la auxiliara con ella man-
 dando se entregue Sopen V. E. con
 la mas alta consideracion.

Cádiz 26. de Abril de 1810.

Exmo Sr.

Andrés López

Exmo Sr. D. J. Purvis.

La Junta solicita la entrega de porción de piperías con objeto de utilizarlas en la construcción de fortificaciones para la defensa de Cádiz (26 de abril de 1810).

Exmo. Sr. Almirante Purvis.

Me es sumamente sensible no poder tener hoy la satisfacción de acompañar a V. E. a comer la sopa, por hallarme algo incomodado de indisposición, y lo siento infinito por privarme de este gusto, y tener la honra de ser uno de los concurrentes a la celebración del cumple años de S. M. B. Me repito a la disposición de V. E. con los sentimientos de la mas alta y distinguida consideración, deseando me ocupe en asuntos de su obsequio como es su mas atento seguro ^o serv.

Cádiz 4. de Junio de 1809.

S. P. M. B.
Félix Jones

El gobernador de la Plaza de Cádiz, general Félix Jones, lamenta no poder acompañar a Purvis a comer la sopa con ocasión del cumpleaños oficial de Su Majestad Británica (4 de junio de 1809).

Al Ex.^{mo} Sr. Almirante
Purvis.

El oficio de V.E. que con fecha de ayer
se ha servido facerme hoy, me entera
de que se halla V.E. inteligenciado por
el Vice Almirante Lord Collingood en
su papel de 19 de Setiembre ultimo a
la Vista de Tolón, que la Esquadra
Francesa en aquel Puerto, en numero
de 15 Navios de linea, y 3 Fragatas
estaba pronta a hacerse a la Vela,
y que dicho Vice Almirante era de dic-
tamen saldría al Mar en la prime-
ra oportunidad que tubiere: por cuyo
aviso doy a V.E. las debidas gracias, re-
produciendome de V.E. su mas atento
y Seg.^o Serv.^o

Cádiz 10. de Octubre
de 1809.

J. S. M. B.
Don
M^o Jones

El general Félix Jones agradece información reservada remitida por el almirante inglés Lord Collingood, a la vista de Tolón, avisando que la Esquadra francesa estaba pronta a hacerse a la vela el 19 de septiembre (1 de octubre de 1809).

AGRADECIMIENTO: La reproducción del retrato de Collingood y de varias cartas inéditas de la Colección Purvis ha sido gentilmente autorizada por The Trustees of the National Maritime Museum (el Patronato del Museo Marítimo Nacional) de Greenwich, al que agradecemos la cortesía.